



OBISPADO DE CUENCA

# *Iglesia Diocesana*

## SEÑOR OBISPO

### 1. Homilías.

*Centenario del nacimiento del  
Beato Josémaría Escrivá de Balaguer  
Catedral de Cuenca  
9 de enero de 2002*

En los días pasados hemos contemplado el admirable intercambio que se ha producido mediante la Encarnación del Hijo de Dios. El verbo asume nuestra naturaleza humana, se hace hombre perfecto sin dejar de ser Dios para que nosotros participemos de la misma naturaleza divina, sin dejar nuestro ser humano.

El nacimiento del Niño, Dios y hombre, se presentó en nuestra historia de forma idéntica a la de cualquier hombre. Entró de forma imperceptible, sin que nadie pudiera observarlo o registrarlo. Pero desde

el misterio de aquella noche surgió una forma nueva de ver la vida y se la empezó a considerar como un camino hacia un destino eterno y dichoso, sirviendo a los demás hombres como hermanos y abriendo caminos nuevos de amor junto a El. Apareció la civilización nueva del amor, la llamada a descubrir, en todas las encrucijadas de la historia, la dignidad imborrable que tenemos de ser hijos de Dios y no esclavos.

Para quienes vieron o fueron descubriendo a aquel Niño desde la primera Navidad, el mundo ya no fue el de antes y, en la vida de cada uno, se planteó el gran reto de su libertad: el reconocerle y seguirle o, por el contrario, el ignorarle. Son millones de personas a lo largo de los siglos, en todos los tiempos y latitudes, a quienes alcanzó aquella luz de Belén. Vieron nacer, crecer y morir al Niño Dios y Hombre verdadero, salvador y redentor del hombre y le siguieron como Buen Pastor. Hicieron de su Evangelio un programa vivo para su vida y no titubearon en seguirle, asidos a su mano, como lámparas encendidas que eternizaron en el tiempo los destelles de aquella primera Navidad.

En este grupo innumerable de creyentes situamos el nacimiento en la ciudad de Barbastro (Huesca) en un nueve de enero de 1902 el hoy Beato Josemaría Escrivá de Balaguer. Ordenado sacerdote el 28 de marzo de 1925 fundó el Opus Dei el 2 de octubre de 1928 y Dios le llamó, de forma definitiva, desde la ciudad de Roma el 26 de junio de 1975. La Santa Sede erigió su Obra como Prelatura Personal el 28 de noviembre de 1982 y el Pontífice actual, Juan Pablo II, le beatificó en la Plaza de San Pedro el 17 de mayo de 1992. Su Canonización parece próxima y así lo ponemos en manos del Señor en esta Celebración Eucarística, al mismo tiempo que nos encomendamos a su intercesión.

El Apóstol San Juan, en la Carta que acabamos de proclamar, no cesa de repetirnos una idea central: quien conoce el amor de Dios - que nos envió a su Hijo como salvador del mundo y nos dio su Espíritu - permanece en él su amor y él en Dios. En la personalidad del Beato Josemaría aparece muy clara esta idea de su identificación con Cristo. El vivió como hombre y como sacerdote su identificación con la Santa Humanidad de Cristo, divinizando su persona de forma progresiva. El en Dios y Dios en él. Santificar las tareas humanas y difundir el mensaje

de la llamada a la santidad de todos los bautizados, en el cumplimiento del propio trabajo y de las obligaciones personales, fue meta clara en su vida y lo sigue siendo hoy en los apostolados que la Obra desarrolla en todo el mundo.

La perícopa del Evangelio de San Marcos, nos ofrece una prueba evidente de quién es el Hijo de Dios. Qué puede y debe suponer su presencia en nuestras vidas y seguimiento. Camina sobre las aguas, sube a la barca y domina la tormenta haciendo amainar el recio viento del lago. Este es Jesús, a quien seguimos, que aparece en la noche cuando nuestra barca zozobra por vientos fuertes en contra. No estamos solos. La paz y serenidad, en cualquier circunstancia, nos llegan de él si le invocamos con fe.

El Beato Josemaría pasó también por situaciones adversas, pero no perdió la calma. Supo escuchar la voz de su amado. "Animo, soy yo, no tengáis miedo". Repitió, por que lo vivía, en múltiples ocasiones estas palabras que llevan a la persona que sufre en su recorrido a no perder la verdadera confianza y alegría cristiana. Es la serenidad de quien sabe amar a lo divino.

Y continúa el Apóstol Juan en su carta recordándonos que "si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud". Sólo el que está lleno de Dios, amará y se entregará a los demás en esa dimensión divina, como se entregó Cristo en la cruz, gratuitamente y por entero, como se manifestó de forma entrañable en la Navidad y en cada instante de su vida. Amor sin límites de personas, amor a los más necesitados, amor sin guardarnos nada, amor incluso al enemigo.

También fue éste el recorrido de aquel niño que vio la luz hace cien años en Barbastro y que escribió en su libro "Camino" - obra cuya primera edición se imprimió aquí, en Cuenca, bajo el título "Consideraciones Espirituales" - el siguiente punto: "Que tu vida no sea una vida estéril. Sé útil. Deja poso. Ilumina, con la luminaria de tu fe y de tu amor. Borra, con tu vida de apóstol, la señal viscosa y sucia que dejaron los sembradores

del odio, y enciende todos los caminos de la tierra con el fuego de Cristo que llevas en el corazón". Esta tarde se une a la voz del Apóstol Juan y del Evangelista San Marcos para repetirnos a nosotros, aquí presentes, que no tengamos tampoco miedo a seguir haciendo de nuestras vidas un canto de amor a lo divino, impregnados de confianza y alegría serenas. A caminar en cada jornada asidos de la mano y fuerza que nos llega de Dios, por Jesucristo su Hijo. "Soy yo, no tengáis miedo". "Remad mar adentro". "Echad la red, donde os digo", sigue repitiéndonos el Señor en el nuevo año que iniciamos. "Año nuevo, lucha nueva" solía repetir el Beato Josemaría.

Al acercarnos al sacrificio de la Cruz - "estar junto a la Cruz", solía decir El Beato Josemaría - pensemos que Dios nos envuelve de su amor y nos alimenta y fortalece para seguir estando junto a esa cruz, fuente de amor, en nuestras actividades repitiendo, una y otra vez, en nuestro corazón las palabras de Santa María, nuestra Madre, "Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra".

Que así sea